
XXVI.

INVITACION PASTORAL
A los fieles de esta ciudad.

AMADOS HIJOS EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO:



EN la tarde de hoy se dará principio en nuestra Santa Iglesia Catedral y en el templo del Cármen, á la *Santa Mision*, que en las presentes circunstancias hemos juzgado del todo necesaria é indispensable, para afirmaros más y más en la fé católica que por dicha profesais, é inculcaros más que de ordinario sus sacrosantos y sublimes preceptos. Al efecto hemos buscado en México, Puebla y alguna otra ciudad del interior, Sacerdotes bien probados y experimentados en el ministerio de las *misiones*; y la Divina Providencia ha querido coronar con el éxito nuestros esfuerzos, facilitándonos la venida de los celosos, ilustrados y dignos *misioneros* que en estos dias han llegado ya á esta Ciudad.

Hace apénas algunos meses, que hablándoos en una de nuestras Pastorales de la crisis inevitable en que ya nos encontramos, y que cada dia irá agravándose con la inmigracion á nuestro suelo de centenares

de millares de hombres del país vecino, os decíamos: *Mirad bien, carísimos hijos en Jesucristo, que es ya llegado para nuestra nación católica el tiempo de la grande tribulación. De un país que en Religion era labii unius, según la expresión de la Sagrada Biblia al hablar del género humano ántes de la confusión de las lenguas, va á hacerse una nueva Babel, con el establecimiento del culto público de las innumerables sectas del protestantismo. Y como el gran resorte que se va á poner en juego, para que los hombres y las familias defeccionen y apostaten de su antigua fé, es el dinero; son las buenas colocaciones para adquirirlo, las facilidades de progresar en todo género de negocios lucrativos: hé aquí los momentos de la más peligrosa, de la más terrible de las tentaciones, de que solo Dios con su gracia, secundada por vuestros extraordinarios esfuerzos, hijos de una voluntad bien decidida y constante podrá librarnos, é impedir que sucumbáis.* Bien veis por tanto, á qué circunstancias aludimos al deciros, que ellas han hecho del todo necesaria la Santa Mision, á que os invitamos por medio de la presente, en que, *por las entrañas de Nuestro Señor Jesucristo* os rogamos y suplicamos, que no desperdiciéis ni malogreis *estos días de salud, este tiempo* particularmente *acceptable* que el Señor en su misericordia os concede, para que siendo fieles y constantes en la asistencia á los ejercicios religiosos de la misma *Mision*, procureis adquirir en el tiempo de ella aquel acopio de virtud y de fortaleza cristianas de que tanto habeis menester, para que *bien templado* vuestro espíritu, pueda resistir y sobreponerse á la *tentacion*.

Porque no hay que alimentarnos con ilusiones, amados nuestros en Jesucristo. El peligro que corremos es grave, gravísimo, y de él se ha ocupado ya sería, si bien aún someramente una buena parte de la prensa liberal de México, bajo el aspecto de la nacionalidad. Otros escritores, tambien seculares y mundanos, han puesto el dedo igualmente en la llaga, brotando de sus plumas predicciones y augurios bien tristes para nuestra raza; y en estos mismos días uno de los oradores del próximo 16 de Setiembre ha dicho en la Capital, que *estamos sintiendo ya la influencia del elemento Sajon, y palpando de una manera evidente la trasformacion de nuestro carácter y de nuestras tendencias que como el trabajo establece perpétuo contacto entre el trabajador y el capitalista, de aquí viene la indirecta intervencion del extranjero en nuestros asuntos económicos, como más tarde pu-*

diera producirse en nuestra vida política y en nuestras relaciones internacionales: que ante semejante perspectiva, lo que podemos oponer á tal influencia, es nuestra indomable firmeza como hombres; pero que para desarrollar esta virtud, necesario es despertar en las apáticas clases ilustradas el fuego santo del amor patrio y levantar en cada pecho un altar á lo pasado. . . . y á todo lo que es eminentemente nacional, idioma, arte, Religion.

No es por tanto únicamente la Iglesia, la que por medio de sus Prelados, da la voz de alarma, no: son escritores de toda clase y de todos matices ó colores políticos, quienes tratan de llamar la atención del público hácia lo que ya pasa y pasará en mucha mayor escala en un inmediato y demasiado próximo porvenir. Y entretanto, *esas clases ilustradas* á que alude el sensato orador, cuyas palabras acabamos de citar, viven, en una gran parte cada día en creciente, como si nada pasara de lúgubre y adverso; é innumerables individualidades de ellas gastan y triunfan, y frecuentan los teatros, y se entregan alegremente á la orgía, ó á los placeres de Epicuro y de Heliogábalo sin pensar más que en el presente, por más que la Religion y la sana razón se aúnen á amonestarlos y advertirlos con la lógica inflexible de los principios sanos y aun de los hechos. No de otra suerte los indignos Romanos del siglo V de la Era Cristiana, veían con la mayor indiferencia á Atila aproximarse á los muros de Roma, y continuaban ¡insensatos! en su infame vida de alegrías y de placeres, tan luego que por gracia del dominador, hubieron salvado la vida y parte de sus comodidades, para perderlas del todo á muy breve plazo en manos de las hordas de *Genserico*. No de otro modo los imbéciles griegos del Bajo imperio se ocupaban frenéticos de ruines futilidades y sutilezas, al tiempo mismo que Mahomet II cercaba su capital, y construía aquel costosísimo camino de tierra, que habia de servirle para trasladar los buques de su inmensa armada cual si fueran carros, de las aguas del Bósforo al *Cuerno de Oro*, lo que le valió la toma definitiva de la Ciudad Imperial.

Si, pues, la situación del país es tan comprometida, si la presente crisis, de cualquiera manera que se le considere, causa justamente espanto y pavor; ¿cómo no procurar atenuar por lo ménos los males sin cuento, que de ella habrán de surgir, esforzándose cada uno en levantar en su corazón, *ese altar al pasado*, sobre todo, á la *Religion*; que entre lo *eminentemente nacional*, ocupa sin disputa el primer lugar, como que

á su sombra nació y se formó nuestra sociedad, á la que arrulló en su cuna, educó despues en su niñez y adolescencia, y revistió por último de la toga viril? Hé aquí por qué, tal ha sido constantemente nuestro intento de algun tiempo á esta parte, no tratando de otra cosa en nuestras Pastorales; especialmente en la que os dirigimos *Sobre la blasfemia, guarda del domingo y ayunos y abstinencia*; en la que dedicamos á los padres y madres de familia; y por último en la que recientemente escribimos acerca del horror con que deben verse los matrimonios de vuestras hijas y hermanas católicas con hombres protestantes, creyendo, como creemos, que no es posible levantar con solidez en los corazones ese altar á la Religión nacional, sin apuntalarlo con otra reconstrucción, que consista en la vuelta sincera y decidida de las familias á las costumbres religiosas, sencillas y modestas de nuestros mayores.

A mover é impulsar á los fieles, más que de ordinario, á que trabajen y se esfuercen en alcanzar y lograr esta saludable reforma de las costumbres presentes, es por tanto, á lo que tambien se endereza y va encaminada la *Santa Mision*, que os hemos anunciado y á que de nuevo os invitamos con todas las veras de nuestro corazon. Porque si como habeis visto en las palabras que preceden, la situacion del país es extraordinariamente crítica, aun juzgada y apreciada por escritores, que no consideran la Religión y los intereses religiosos en sí mismos, sino en cuanto se relacionan con los de la sociedad mexicana; ¿qué será para el hombre y las almas de fé viva, que no sólo ven en la Religión una condicion indispensable para salvar los verdaderos intereses de la patria terrestre que el cielo nos ha dado, sino que principalmente la miran y consideran como una condicion precisa para la eterna salvacion, esto es, para arribar á esa otra patria, á que todos los hombres son universalmente invitados en nuestro Señor Jesucristo, y á que nosotros, católicos desde la cuna, fuimos llamados con tanta especialidad desde que recibimos las sacrosantas aguas del bautismo?

¡Ay carísimos hijos nuestros! Miseria y desgracia inmensa es llegar á perder nuestro modo de ser social, por la trasformacion de nuestro generoso carácter y de nuestras costumbres nacionales que tanto hablan al corazon, en el carácter duro y egoísta, y en las costumbres tan exclusivamente *positivas*, ó por mejor decir tan sin alma y sin sentimiento de la raza que nos invade, cuya es la principal inmigracion que ha

comenzado y que continúa cada dia más alarmante; pero ¿qué comparacion puede establecerse entre semejante desdicha por grande que ella sea, y la que se le sigue de la perversion religiosa de vosotros y de vuestros hijos, la de la pérdida para innumerables, de la verdadera fé católica, fuera de la que no hay salvacion, y sin la que, conforme á la palabra Divina, *es imposible agradar á Dios?*

Esto principalmente es lo que causa nuestra afliccion y nuestra angustia, y lo que nos obliga á proporcionaros el auxilio espiritual extraordinario de la *Santa Mision*, á fin de que con él quedeis fortalecidos en vuestra fidelidad á la fé católica que por dicha profesais: á fin de que concibais un santo horror á cuanto tienda á desarraigarla de vuestro corazon, ó á debilitarla, para hacerla inútil y vana en el terreno de las costumbres: á fin de que él os sirva para confirmaros en la resolucion irrevocable de cuidar mejor de vuestros hijos, para que no alcance á ellos la influencia anticatólica del extranjero protestante para quien trabajen: á fin de que seais inflexibles en no enlazar á vuestras hijas con hombres no católicos: á fin de que para evitar estos lances, procureis educarlas en sencillez, modestia, recogimiento y aplicacion al trabajo doméstico, de manera que su corazon sea inaccesible á la pasion por hombres que no profesan la religion que ellas aprendieron sobre las rodillas de sus madres: á fin de que vosotros, padres de familia, no envilezcáis la autoridad augusta que del cielo recibisteis sobre vuestros hijos, mirando con indolencia sus desórdenes con que os desdoran: á fin de que haciendo por el contrario el uso constante que debeis hacer de ese poder sagrado, los corriais con severidad, prudente, pero siempre enérgica, para volverlos al buen sendero, cuando se extravian: á fin de que vosotros jóvenes de las clases más ó menos acomodadas, comprendais á la luz de las verdades que en la Mision se os inculquen, que con vivir obedientes y sumisos á vuestros padres, con el amor y el empeño por la ocupacion y el trabajo, es como *levantareis en vuestro corazon ese altar al pasado religioso* de vuestras casas y familias, en las que era casi desconocido el escándalo de la ebriedad y de la crápula á que muchos de entre vosotros se entregan ahora sin freno, con el más cínico y repugnante olvido del pundonor y de la vergüenza: á fin, por último, de que todos los católicos habitantes de esta Ciudad, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, padres y madres, hijos é hijas, acaben de comprender, y se afirmen en lo que comprendan, que la suerte religiosa de